

XXVI Domingo del Tiempo Ordinario

Evangelio

Lc 16,19-31

«Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteaba cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que caía de la mesa del rico. Y hasta los perros venían y le lamían las llagas.

Sucedió que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán.

Murió también el rico y fue enterrado.

Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantó los ojos y vio de lejos a Abrahán, y a Lázaro en su seno, y gritando, dijo:

“Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas”.

Pero Abrahán le dijo:

“Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso ahora él es aquí consolado, mientras que tú eres atormentado.

Y, además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que los que quieran cruzar desde aquí hacia vosotros no puedan hacerlo, ni tampoco pasar de ahí hasta nosotros”.

Él dijo: “Te ruego, entonces, padre, que le mandes a casa de mi padre, pues tengo cinco hermanos: que les dé testimonio de estas cosas, no sea que también ellos vengán a este lugar de tormento”.

Abrahán le dice: “Tienen a Moisés y a los profetas: que los escuchen”.

Pero él le dijo: “No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a ellos, se arrepentirán”.

Abrahán le dijo: “Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no se convencerán ni aunque resucite un muerto»

Esta semana pedimos...

POR LAS ACTIVIDADES PASTORALES DE ESTE CURSO QUE COMIENZA. PARA QUE SEAN OCASIÓN DE ACERCAR A MUCHOS A DIOS

Ponte en presencia del Señor...

Recógete unos instantes para sacudir toda preocupación terrena.

Vas a hablar con Jesús. Dile luego:

"Maestro, quisiera hablar contigo. ¿Te dignas recibirme?"

Enséñame a escuchar lo que quieras decirme.

Enséñame a decirte con humilde confianza lo que quieras oír de mí”.

Empieza luego la conversación sobre el tema de aquel día.

Estáis solos, en la intimidad: el Maestro y tú.

1

«¿Acaso aquel pobre fue transportado por los ángeles recompensando su pobreza, y por el contrario el rico fue enviado al tormento por el pecado de sus riquezas? En el pobre se patentiza **glorificada la humildad**, y en el rico **condenada la soberbia**. No fue atormentada en el rico la riqueza, sino la soberbia. Sin duda que el pobre fue llevado al seno de Abraham; pero del mismo Abraham dice la Escritura que poseyó en este mundo abundante oro y plata y que fue rico en la tierra. Si el rico es llevado a los tormentos ¿cómo Abraham había precedido al pobre a fin de recibirlo en su seno? Porque Abraham en medio de las riquezas era pobre, humilde, cumplidor de todos los mandamientos y obediente. Hasta tal punto tuvo en nada las riquezas que se le ordenó por Dios inmolar a su hijo para quien las conservaba (Gn 22,4). Aprended a ser ricos y pobres tanto los que tenéis algo



en este mundo, como los que no tenéis nada. Pues también encontraréis al mendigo que se ensoberbece y al acaudalado que se humilla. Dios resiste a los soberbios, ya estén vestidos de seda o de andrajos; pero da su gracia a los humildes, ya tengan algunos haberes mundanos, ya carezcan de ellos. **Dios mira al interior; allí pesa, allí examina».**

San Agustín

2

«¿Qué responderás al soberano juez, tú que revistes tus muros y no cubres a tu semejante que anda desnudo, tú que luces suntuosos peinados y no tienes una mirada de compasión para el que está en la miseria...tú que entierras tu oro y no acudes a socorrer al necesitado? (...)

Dime, ¿qué es lo que te pertenece? ¿De quién has recibido lo que arrastras por esta vida? ¿No has salido desnudo del vientre materno? ¿Y no volverás a la tierra igualmente desnudo? **Los bienes de este mundo ¿de quién los has recibido?** Si respondes: "por casualidad, por azar", eres un impío que rechaza reconocer a su creador y agradecerle sus beneficios. Si dices que de Dios, entonces ¿por qué los has recibido? ¿Es que Dios es injusto al repartir con desigualdad los bienes necesarios para la vida? ¿Por qué tú nadas en abundancia mientras que el otro vive en la miseria? ¿No es porque un día, gracias a tu bondad y administración desinteresada, recibas la recompensa, mientras que el pobre obtendrá la corona prometida a la paciencia?... **Al hambriento pertenece el pan que tú retienes; al hombre desnudo el manto que tú guardas, celoso, en tus arcas».**

San Basilio Magno

3

«Jesús narra la parábola del hombre rico y del pobre Lázaro. El primero vive en el lujo y en el egoísmo, y cuando muere, acaba en el infierno; el pobre, en cambio, que se alimenta de las sobras de la mesa del rico, a su muerte es llevado por los ángeles a la morada eterna de Dios y de los santos.

"Bienaventurados los pobres —había proclamado el Señor a sus discípulos— porque vuestro es el reino de Dios" (Lc 6, 20). Pero el mensaje de la parábola va más allá: recuerda que, mientras estamos en este mundo, debemos escuchar al Señor, que nos habla mediante las sagradas Escrituras, y vivir según su voluntad; si no, después de la muerte, será demasiado tarde para enmendarse. Por lo tanto, esta parábola nos dice dos cosas: la primera es que Dios ama a los pobres y les levanta de su humillación; la segunda es que nuestro destino eterno está condicionado por nuestra actitud; nos corresponde a nosotros **seguir el camino que Dios nos ha mostrado** para llegar a la vida, y este **camino es el amor**, no entendido como sentimiento, sino como **servicio** a los demás, en la caridad de Cristo».

Benedicto XVI

4

"Tienen a Moisés y a los profetas" (Le. 16, 29).

«Concédeme, Dios mío, que yo sepa **aprovechar las gracias y las ocasiones que pones a mi paso.** Porque muchas veces desperdicio lo que se me viene a las manos, en espera de otras oportunidades exquisitas e imaginarias. Muchas veces trato de excusar mi pereza o mi cobardía, exigiendo condiciones insensatas. No miro a lo que tengo sino a lo que me falta. Y pienso que me falta, no porque realmente me sea necesario, sino porque me encapricho con ello y lo pongo como pretexto para no variar mi camino. No es falta de tu providencia, Señor, que siempre acudes con más de lo que necesito, sino que es culpa y negligencia mía. No es que pida más, sino que pido otra cosa, precisamente no lo más oportuno, sino lo que no tengo. Y son tan necias mis pretensiones, que ni a mí mismo consigo engañarme. ¡**Dios mío, dame la humilde voluntad que acepta lo que tiene y trabaja con ello, sin pretexto y sin exigencias!**».

J.M. Granero. *Oración Evangélica*

Al terminar la oración...

Gracias, buen Maestro, porque me has hablado, porque me has escuchado. Mi corazón está lleno de tus ideas y de tus sentimientos. Voy ahora a las ocupaciones que Tú quieres de mí. Hasta otro rato.